

NOTAS Y DOCUMENTOS

perior; es que se le va y prefigura la extinción. ¿Cómo, entonces, ser de otro modo?

En su *Oda a Franz Schubert* reza devotamente:

*No te alcanzaba el alma, ni la raíz, ni el grito,
y eras un desdichado de antigua hechicería.
Eras total desangre de río al infinito,
y estabas en la sal de tu patria más fría.*

*Venías con las manos desamparadas, graves,
siempre vivas de cera en tallos de amaranto.
Vagabas entre inmensas y congojosas claves,
conductor de las yemas y mariscal del llanto.*

*Yo sé que tu razón fué de tallo y espino:
no te alcanzaba toda, toda la criatura
para la desazón de paisaje y destino,
que era tu perfumada ceniza sin ventura.*

*Más allá de tus ojos la larga cabalgata
de corceles, y muertos jinetes arrojados,
y el mar, y las mareas, cuando el viento des-
lata
sus razones de bronces y nardos lacerados.*

*Rosa mística, pura rosa de mil martirios
entre viejos sepulcros y claros mediodías.
Rosa, entre bayonetas y mortecinos lirios.
Tallo de confesión, temblor de avemarías.*

*Era como un gotear de paisaje perdido
la soledad sin sueño de tu pájaro ciego,
y andabas entre soles y presagios, ardido
como un adolescente en límites de fuego.*

Este ajedrez de amor inmolado, sube como una torre fortísima y tenue hasta el cielo de la pureza y especula con ella. Toda palabra en su valor y si Carlos Mastronardi lo ve como "hombre de un solo efecto" no es sino porque su cepa clásica está muy bien nutrida de jugos esenciales. Barbieri —agrega su crítico amigo— antes que acceder a la novedad temeraria, prefiere mostrarse fiel a los profundos dictados de nuestra época. Lejano de toda realidad, torpe o ingenuamente exterior, despliega una fastuosa simbología y es puesto en movimiento por "serenos corceles", "ángeles desolados", "capitanes de lirios", "Alabadas torres" y "Aceites gloriosos".

Releyendo *El Río Distante* topo con esto: "En forma por demás trágica se comprobó aquella mañana la existencia de un basilisco en "La Azotea". Ya Concepción, la vieja sirvienta, venía insistiendo sobre el asunto: en el nido de una gallina se había encontrado, la semana pasada, un huevo tan pequeño como el

de una paloma. Y es sabido, afirmaba Concepción, que el basilisco nace de un huevo pequeño, puesto por una gallina que lo empolla dejando de lado su nidad. Nadie había hecho caso en la oportunidad y ahora llegaba la terrible comprobación. En un galponcito de chapas, destinado a las herramientas y los "lien-zos" de lana, se había desarrollado sin duda el monstruo que tiene el poder de matar con la mirada, pero que tiene, en ese mismo poder, su castigo, pues si una persona advertida de la presencia del monstruo coloca ante su cuerpo un espejo, y escudada así avanza en dirección del basilisco, éste se mira a sí mismo y muere instantáneamente".

Esto es simbología también y de un candor profundo. Al nigromante que la ha escrito quiero dejar un ataúd de viento para su materia de escarcha.

CON una buena dosis de cianuro dió fin a su vida en un hospital de Buenos Aires Horacio Quiroga el 19 de febrero de 1937. Parece que sospechaba de un mal incurable, sobre que tenía fatal excitación y molestias, y decidió no seguir sufriendo. Había nacido en el Salto, Uruguay, el 31 de diciembre de 1878, la noche vieja de aquel año; esas noches viejas que se signan para bien o para mal muy significativamente entre los campesinos.

Su linaje era acomodado pero él iba a ser el amigo de los mensúes, de los animales de la selva, de las pobres mujeres que arrastran por ahí alma y cuerpo. Un amigo bastante raro con barbas desde joven, de ojos azules y firmes, de frente cubierta por negrísimo mechones pero que se adivina serena y altiva. Un amigo para penetrar misterios y ser el traductor de las angustias ajenas; un gran amigo con una gran pluma en la mano y todo sensibilidad hasta ver la cara fea del mundo, sin miedo, sin sobresaltos, porque lo más feo tal vez esté dentro de nosotros y no en otra parte. ¡Qué bien iba a saber eso en las proximidades de su final!

Los libros que Quiroga escribió (aunque se lean poco hoy día porque están de moda otros libros) son piezas de primera agua, no calcan de nadie ni tienen

el rubor de esos libritos que una vez fueron el grito de un grupo y luego pasaron los pobres a llenar desvanes con ratones. Estos másculos cuentos dan la medida de un temperamento —por algo se le llamó el Kipling americano, aunque muy mal llamado ya que Quiroga andaba por otros caminos más difíciles— y sentencian para un autor plinto de bronce. Se le llamaba el Kipling americano porque no se tenía en tal ocasión cosa mejor que decirle y con eso parece que se le decía mucho. Pero el hombre que escribió *Anaconda*, *La Gallina Degollada* (los cuentos que llevan esos títulos y todo el resto que les acompaña en sus respectivos libros); el hombre que con el pseudónimo de S. Fragoza Lima dió el folletín de *Una Cacería Humana en Africa*, asunto algo más crudo que sus cuentos misioneros, tenía derecho a todas las franquicias en las aduanas del talento. Quiroga es una potencia de América para mucho tiempo.

No le gustaba el trajín literario. Una vez le escribí por saber una opinión a San Ignacio, en la pura selva, el viejo Iviraromí de los jesuitas donde él mismo se hizo su casa a vista del impetuoso Paraná, y me contestó con evasivas. Allí había sido de todo, hasta Juez de Paz y Oficial de Registro Civil, amén de herrero, sembrador de yerba mate y fabricante de canoas de largo andar. Allí le nació su hija Eglé, en enero de 1911 —esa que dos años después de su muerte también se quitó la vida— y allí escribió *El salvaje*, *Una estación de amor*, *La igualdad en tres actos*, *El vampiro*, *El machete*... Nunca estuvo en literato; era un hombre luchando a brazo partido contra la naturaleza, el árbol que no crece, la víbora que lo asalta, el yacaré que no perdona; un hombre que ama la naturaleza al extremo de construirse un pequeño parque zoológico frente a su casa, en medio de aquella aridez que eligió por su altura, bajo un sol destructivo que pulveriza hombres y bestias. ¡Y cuántos planes en su cabeza! Tiene idea de fabricar mosaicos de blech, resina de incienso, maíz quebrado, tintura de lapacho, cáscaras brillantadas de apepi, turrón de miel y cacahuete. Nada lo detiene en sus empresas, aunque las empresas no vayan más allá por falta de suficientes recursos. ¡Y pensar que de-

cían que era un “señorito” en busca de notoriedad! Así como Quiroga despreciaba el mundo dorado de las letras, el de múltiple afectación lo mismo en Buenos Aires que en todas partes, dió de lado bien pronto al gran mundo donde estrenó primeros lances en razón de venir de padres pudientes y bien relacionados. La leyenda de su fortuna se apoya al comienzo de su vida de boato —él mismo lo dice— y “me persigue obstinadamente a través de mis libros y moriré seguramente con ella”. No fué una fortuna, pero como hubo un viaje a París en 1900...

El padre de Quiroga murió dramáticamente; su padrastró, Ascencio Barcos, suicidándose. El se entregó a la música, a la poesía, por salir de esa nube aciaga y penetra en el dandysmo de la época, en los refinamientos de coche y champañá porque la madre lo mimó; hace su entrada en el amor de manos de María Esther, unos amores contrariados desde el primer momento y que se advierten en *Las sacrificadas*; conoce en 1898 a Lugones en Barrancas (viaje especial para tal conocimiento, por supuesto); idea la *Revista del Salto* en el 99, se le acaba entre las manos y llegado a mayoría de edad convence a su tutor (nombrado al segundo casamiento de su madre) que es inútil vivir sin viajar. Don Alberto Semblat dice que tiene toda la razón (y de no decirlo sería lo mismo visto el tratamiento de esta tutoría en años) recoge Horacio los residuos de su herencia y ¡a París!

¿Cómo vivió en París? Rodríguez Monégel ha publicado su *Diario de Viaje* que tuvo por tiempo en secreto Ezequiel Martínez Estrada. Dos libretas llenas de anotaciones que comienzan el 21 de marzo de 1900 hasta el 10 de junio del propio año. Se sospecha que debe haber otro cuaderno (porque él lo anuncia) donde estaría relatada hasta su vuelta a la patria en el *Duca de Galiera*, el 12 de julio. Alguna vez se refiere a este viaje como “extraño, perdido, raro, tal vez risible” y uno va a encontrar la razón de estas expresiones precisamente en su carácter. No halla modo de asociarse con los escritores que brillan. De Darío apunta que está gordo, que usa sombrero de paja; dice que le preguntan por Rodó y que Gómez Carrillo es, con algunas peripatéticas, el centro del *Café Cyrano*. Cro-

nista muy leído pero de exportación le fué antipático desde el primer momento y se enfrasca en polémica en seguida: "¿Sabe usted guaraní?" —es la chispa para la guerra—. "¿Qué demonios es eso?" —respinga Carrillo. "Ah, si yo lo sabía—; ni siquiera tiene noticias de la existencia de un idioma americano". Esa es la infantil reacción de Quiroga ante el hombre que monopoliza los públicos de su tiempo.

En cambio ¡con cuánto entusiasmo habla de las carreras de ciclismo, de la cuarta Exposición Universal! Los 440 francos con que llegó pronto huyeron de su bolsa y alejado de su familia y sin querer claudicar ¡a pasarlas negras! Estos episodios deprimentes él los cuenta a cuerpo en su diario: "No tengo con qué comer..." —repite a menudo—. Y también repite que París le fastidia: "Reniego formalmente de haber emprendido este viaje, el más estúpido de los que he hecho, estúpido, sí, estúpido; me volveré idiota y genovés...". Quiroga nunca quiso relatar de su aventura otros detalles. La queja siempre; que la ciudad es (o le parece) sórdida y fea; que más bien se volvería en seguida a su Salto natal o a oír música de la orquesta del Liceo Slava. Concluye: "No tengo fibra de bohemio". Es decir, el joven dandy no se adapta. Sin embargo, de todo esto salió *Los arrecifes de coral*. Son las compensaciones del arte; sus taumaturgias constantes. Así hace también de León Denis, un ingeniero que conoce en la selva y el cual deja a su muerte su fortuna íntegra a las prostitutas de Lieja, su personaje secreto para impostar el heroísmo y la decisión.

Quiroga desde 1917 en que vuelve de Misiones toma el cargo de secretario del Consulado General de su país en la Argentina. En 1922 pasó a secretario de Embajada, maneja papeles displicentes, cambia el atuendo montés por la casaca rameada, el olor a breña por los perfumes de moda. Y escribe, escribe todo lo que vió por años, con un coraje y un amor ejemplares. Esa selva... Ah, esa selva está en su alma. Así que el 25 pide licencia, reclama su kepí y sus lentes negros y se echa un año en soledad y hermetismo. En 1926, *Los Desterrados*; sus amigos de allá abajo, él mismo, los que el mundo lanza a ese cuadro magné-

tico de misterio y bravura que es lo virgen indomeñable. Ahora se ha vuelto sastre y luce sus lujos a bordo de una motocicleta atronadora o en presentes que se reciben con alguna desconfianza. Ni siquiera tomaba medidas; a ojo sobre el modelo corta y cose. Antes había sido encuadernador de sus propios libros, jardinero. Quiroga tuvo todos los oficios y quiso ser cameraman, químico, maquinista de trenes, piloto de aviación. En 1929 la novela *Pasado Amor*, autobiográfica en buena medida: Morán es él mismo; el gran suceso está en puertas. ¿Pero los asuntos por el Consulado? Mal, muy mal. Ha habido cambio de gobierno en Montevideo. El Cónsul se queja: "Quiroga pretendió negarse a cumplir mis órdenes..." Y adelante: "El subordinado se obstinó en resistir la orden haciendo resaltar el servicio que presta al país con su producción literaria, considerándose inhibido por ello de cumplir con los cometidos que le fija el Consulado". Rábula, rábula... Su solo razonamiento son las órdenes. "Hombre, me iré a San Ignacio" —se dice él— y conservando su rango allá se va. Estamos en 1932, mujer, tres hijos, responsabilidades. Y vuelta a mirar Misiones, a buscarle el fondo al drama rojo de la selva.

No le voy a seguir en esta carrera desmelenada. El 15 de abril de 1934 no se sabe cómo un decreto le deja en la calle "por utilizar la máquina de escribir del Consulado en provecho propio" (cita de César Tiempo). En junio publica *Más allá*, su último libro, entre tumbo y tumbo. ¿Por qué Quiroga se atrevería a tocar aquella sagrada máquina para escribir sus cuentos? Era una profanación, una vergüenza nacional. Las víboras que él había observado en la tierra y en el agua, los grandes ofidios venenosos ¿cómo se podían encontrar también entre las paredes de un despacho? Ah, demonio, es así. ¡Así! En su *Decálogo del perfecto cuentista* le faltó añadir al que comienza: "No escribas bajo el imperio de la emoción..." estas palabras: "ni en máquina oficial; por ahí se pierde hasta el derecho a ser jubilado". Dos años de rabia y dificultades le pusieron al borde de la desesperación. No rebasó ese borde.

Siempre le veremos como Maestro.

La Habana, 1957.